

progresos la cura, que sin causar el menor trastorno al paciente hubiera podido ser trasladado á Madrid.

Así lo manifestó el médico; pero tanto el herido como su padre prefirieron dilatar algunos dias el regreso á su palacio, porque, aunque era reducida la casa que ocupaban, habíanla provisto de comodidades, y tenia las ventajas de estar lejos del bullicio y de los insoportables calores que por el mes de julio reinan en Madrid.

Otra circunstancia les hacia agradable aquella humilde y campestre morada. Vivian muy cerca de la que habitaba la honrada familia del pintor, estaban la mayor parte de las horas del dia juntos, y el duque parecia estar aun mas prendado que su hijo de la amena conversacion del aventajado artista, de la jovial amabilidad de Cecilia y de las encantadoras gracias de Enriqueta, á quien con inefable gozo daba ya el tierno título de hija.

Es inútil relatar aquí los cariñosos afanes con que todos se habian desvelado por contribuir á la salvacion del herido, porque conociendo el lector el carácter angelical de aquellas honradas criaturas, habrá adivinado ya que mientras el buen Federico consolaba al duque de sus pasadas amarguras, Cecilia y Enriqueta no abandonaban al enfermo. Entretenianse en hacer hilas junto á su lecho, y alentarle con su amable conversacion.

El fiel Ambrosio tampoco abandonaba á don Eduardo, y la *Bruja* le hacia frecuentes visitas; pero breves, y cuando en todos los semblantes brillaba la alegría que suele inspirar en las almas sensibles la realizacion de una bella esperanza, solo el de la *Bruja* semejava velado por una idea fúnebre. Sus azorados ojos vagaban con temor, y alternativamente se fijaban de vez en vez en Enriqueta y don Eduardo, como queriendo escudriñar si aun se amaban.

No podia equivocarse, porque las tiernas miradas de los dos enamorados eran continuas, y espresaban todo el fuego de un amor inestinguible.

En esta elocuente aunque muda correspondencia, veia la *Bruja* con horror destruida toda su obra, y temblaba por el momento en que á los enamorados jóvenes se les presentára la ocasion de tener una conferencia á solas.

Esta ocasion no se les habia proporcionado aun, y aquellos candorosos corazones se habian comprendido ya, y estaban ciertos de que nunca habian dejado un solo momento de amarse.

Esto que inundaba de delicias á don Eduardo y Enriqueta, lo conocia

tambien la *Bruja*, y era su martirio, su rabiosa desesperacion; y á pesar de su gran talento, no sabia disimular las horribles sensaciones que la agitaban. Por esto abreviaba sus visitas; y aun en ellas estaba de mal humor sin manifestar interés alguno por la mejoría de don Eduardo.

La estraña conducta de esta incomprendible mujer, la que habia observado recientemente con los dos jóvenes y hasta con el duque cuando le llenó de espanto con osados improprios, poco antes de la llegada del pintor al palacio ducal, hacian tambien que se la mirase con significativo desprecio, no solo por las personas que antes habian sido sus constantes protectores, sino hasta por el mismo duque.

Solo el pobre Ambrosio sentia hácia aquella infeliz las mas gratas simpatias. El honrado viejo atribuia á los milagros de Inés cuantos faustos sucesos ocurrían, y la contemplaba con veneracion y asombro.

Pasaban dias y la herida de don Eduardo iba cicatrizándose sin contratiempo alguno. A mediados de julio levantábase ya y estaba próximo á salir de casa completamente bueno, sin haber tenido ocasion de hablar á solas con su adorada Enriqueta.

Un dia que el duque y don Eduardo estaban sin testigos trabóse entre ellos la siguiente conversacion:

— Parece, hijo mio, que vas á quedar muy bien curado de tu herida.

— Sí señor, me siento ya enteramente bueno. Esta venda está de mas.

Diciendo esto se quitó la venda que hasta entonces habia cubierto su herida.

— Y apenas te quedará cicatriz. ¡Cuántas gracias debes dar á Dios! Y la verdad, no merecias este resultado.

— ¿Por qué, padre?

— Porque nos has dado á todos un buen susto. Si á lo menos te sirviera de escarmiento... ¿Dónde tenias el juicio cuando fuiste á desafiarte con el mas diestro espadachin de la córte?

— Fui provocado de una manera inaudita.

— Los duelistas son siempre atrevidos, y la mejor respuesta á sus bravatas es el desprecio.

— Pero cuando se insolentan...

— Se les abandona como á los locos.

— Hay insultos que á nadie pueden tolerarse.

— Los insultos de los mentecatos no ofenden al hombre de bien.

— Pero no es fácil oírlos con resignación.

— Si te hubieras acordado de que tienes un padre que te idolatra.....

— Me acordé mucho de usted, padre mío, y estuve largo rato vacilando antes de batirme; pero si en aquella ocasión me hubiera mostrado cobarde, no hubiera sido acreedor al cariño que usted me profesa.

— Te has portado como todo un caballero, es verdad, y como hombre de honor no puedo menos de aplaudir tu conducta; pero como padre, te suplico encarecidamente, hijo mío, que procures no dar nunca ocasión á otro desafío.

— Yo no la he dado jamás. Sé las consideraciones que mutuamente se deben los hombres en sociedad; pero esta misma sociedad impone otros deberes de los cuales no puede separarse ninguna persona de honor. No insultaré á nadie en mi vida; pero tampoco permitiré que nadie me insulte impunemente.

— Tus principios son propios de una persona de estimación; pero desgraciadamente no son razonables.

— ¿Eso dice usted, padre?

— Sí, hijo mío, y lo digo lleno de convicción. En iguales circunstancias haría yo lo que tú has hecho, á pesar de mis años; pero no dejo de conocer la inmoralidad y la injusticia de los desafíos. Son inmorales porque usurpan el ministerio de los tribunales; son injustos, porque no es la razón la que triunfa en ellos, sino la destreza. El resultado de tu desafío es una prueba evidente de la veracidad de mi aserto. Tú has cumplido con el deber que la sociedad impone á toda persona pundonorosa. Has quedado perfectamente á los ojos del mundo; pero si reflexionas bien sobre el resultado del duelo, conocerás toda la falsedad de esas leyes que llaman del honor. Dices que no permitirás que nadie te insulte impunemente.

— Y lo repito.

— Pues bien, á pesar de haber cumplido como caballero, ¿cuál ha sido el resultado? El conde te insultó..... quisiste castigarle..... salisteis los dos al campo, y además de los insultos te hirió... y se ha escapado impune...

— Es cierto — exclamó indignado el duquecillo.

— Ya ves, pues, como no siempre triunfa la razón en los desafíos. Dejemos esta enfadosa conversación. A mí me basta que pongas el mayor cui-

dado en evitar unos lances que me esponen á verme privado para siempre de tu cariño. ¡Si supieras lo que he sufrido!...

— Siempre dándole á usted que sentir!

— Si tú llegáras á faltarme, hijo mio, me volveria loco.

Los ojos del duque estaban arrasados de lágrimas.

— No piense usted en eso, padre—le dijo conmovido el tierno jóven.— Me he salvado, y no es fácil que ocurra otro lance de igual naturaleza.

— Es verdad, te has salvado; pero por una casualidad. Aislado en un campo desierto..... desangrándote..... ¡Me horroriza este recuerdo!..... Si Dios no te hubiera enviado á esa cándida criatura...

— ¿A Enriqueta?

— Ella fué la que te salvó.

— Dice usted bien, padre mio, Dios me la envió sin duda, porque Enriqueta es un ángel.

— Sí, Eduardo, esa niña es un ángel..... Su candor, su belleza, su amabilidad, sus virtudes han cautivado mi corazon. Sí, hijo mio, voy á decírtelo aunque te enojas... Has de saber que la quiero tanto como á tí!... ¡Y si vieras qué contento estoy porque confiesas que es un ángel! Esto me hace creer que os habeis reconciliado.

— No hemos tenido ninguna esplicacion; pero sospeché que una persona, á quien tanto Enriqueta como yo hemos colmado de beneficios, nos ha tendido un lazo abominable.

— ¡Es posible! ¿Y quién es esa persona?

— ¡Inés!

— Yo no sé qué veo en esta mujer misteriosa. Tengo motivos para estarle agradecido y su presencia me espanta. ¿Qué sospechas de Inés?

— Que me engañaba de una manera atroz. Ella me dijo que Enriqueta y sus padres eran unos hipócritas que solo trataban de seducirme para mejorar de fortuna. ¿Cree usted que pueda haber tanta maldad en esa familia?

— No, Eduardo, no es posible. La hipocresía lleva un sello particular, y no es desconocida á los que como yo han sido constantemente objeto de sus lisonjas. En las palabras y acciones del pintor no hay falsía. Su amable esposa respira ingenuidad y sencillez, su candorosa hija es un dechado de perfecciones. No cabe el engaño en ninguno de los tres...

— Yo lo creo así tambien, y solo aguardo tener una conferencia con En-

riqueta para cerciorarme de la ingratitude y maldad de Inés.

—Es preciso arrojar de casa á esa repugnante mujer. Supo fascinarme fingiendo que habia sido íntima amiga de tu pobre madre. Mis delirios le revelaron todos mis secretos, y esto le sirvió para mejor engañarme aparentando que tu madre la habia enterado de todo.

—¿Se fingió amiga de mi madre?

—Y por eso me era grata su compañía; pero hace dias que me repugna, y tú acabas de hacérmela odiosa con lo que me dices. No dudes que esa miserable lleva malos designios.

—No concibo cuáles puedan ser, ni quiero averiguarlo. Me basta para ser feliz saber que Enriqueta me ama y que sus padres y usted aprueban nuestra union.

—Por mi parte... con toda el alma, Eduardo, y ansio el momento feliz de abrazar á tu esposa y poderla llamar con verdad HIJA MIA. Te he dicho ya que amo á esa bondadosa niña tanto como á tí. ¿Verdad que no te enojas por ello?

Al decir esto ciñó el duque con su brazo derecho el cuello de su hijo y le miraba con todo el amor de un padre bondadoso que con la sonrisa de la felicidad espera una caricia filial.

—¡Enojarme porque ama usted á Enriqueta!—esclamó conmovido el enamorado jóven.—Bien sabe usted que esas tiernas palabras son deliciosas para mí.

Y llorando de gozo besó la mano de su padre.

—Lo sé, lo sé, hijo mio, y por eso te lo dije, por eso lo repito ahora... y no es una mera lisonja, sino la pura verdad. Os amo á los dos con igual cariño porque ya considero á Enriqueta como hija mia. Tampoco me cabe á mí duda alguna de que si algo malo te han dicho de ella es un torpe destello de malevolencia. Esa adorable jóven es incapaz de nutrir ruines miras de egoismo. Su alma debe ser tan hermosa como su fisico, y así como sus bellas facciones seducen y enamoran con encantos llenos de modestia y de candor, en ellos se refleja toda la inocencia, toda la bondad de un seno immaculado. Educada bajo la direccion de un padre honrado y de especial sabiduría, bajo la vigilancia de una cariñosa madre, Enriqueta no puede fingir. *Su bello semblante y sus modestos ojos destilan cada vez nueva dulzura sobre el corazón.* La sinceridad descuella en sus nobles sentimientos, y si te ha dicho que

te ama, no pongas en duda su amor, hijo mío, porque en las palabras de un ángel no cabe la mentira.

— ¡Padre! ¡padre mío! — exclamó conmovido don Eduardo. — ¡Cuán dichoso me hace usted en este momento! Veo que conoce usted y sabe apreciar las virtudes de esa honrada familia; veo que rinde usted un dulce tributo de justicia á los atractivos de mi adorada Enriqueta, y esto me llena de inefable gozo.

— No debes estrañar, Eduardo, que hable con entusiasmo de esas virtuosas gentes ahora que conozco lo que valen. Yo estaba ciego cuando no veía la nobleza que atesoran; estaba loco cuando prefería á esta nobleza heredada del mismo Dios, esa nobleza bastarda que tiene su origen en el orgullo de los hombres. Las elocuentes palabras de un santo sacerdote arrebataron la venda que cegaba mis ojos, y ahora veo la verdad en todo su esplendor. Perdona, Eduardo, los sinsabores que te ocasionó mi ceguedad, y en cuanto á los agravios que mis preocupaciones prodigaron al eminente artista, procuraré enmendarlos tributando al digno padre de Enriqueta el afecto que se merece, el dulce afecto de un hermano. ¡Cuán felices vamos á ser rodeados de personas que nos amarán sinceramente! ¡Qué diferencia entre el amor de la virtud, y las interesadas lisonjas de los cortesanos! ¿Estás contento, Eduardo mío?

— No cabe en el mundo mayor felicidad de la que en este instante experimento. Usted aplaude mi enlace con el ídolo del alma mía ¡y me pregunta si estoy contento! El gozo que siento no se puede expresar. Yo que amo á Enriqueta con idolatría, que no tengo mas ambicion que alcanzar su mano, el beneplácito de sus padres y la bendicion del mío...

Don Eduardo cayó de rodillas á los piés de su padre en el momento en que Enriqueta invadía la estancia donde pasaba esta escena.

— Ven, hija mía — exclamó enternecido el duque, y asiendo de la mano á la tímida adolescente, añadió: — arrodíllate aquí... junto al que ha de ser en breve tu esposo.

La niña bajó ruborizada la vista y obedeció maquinalmente al duque. Este puso una mano sobre la cabeza de cada jóven, y derramando lágrimas de ternura, balbuceó:

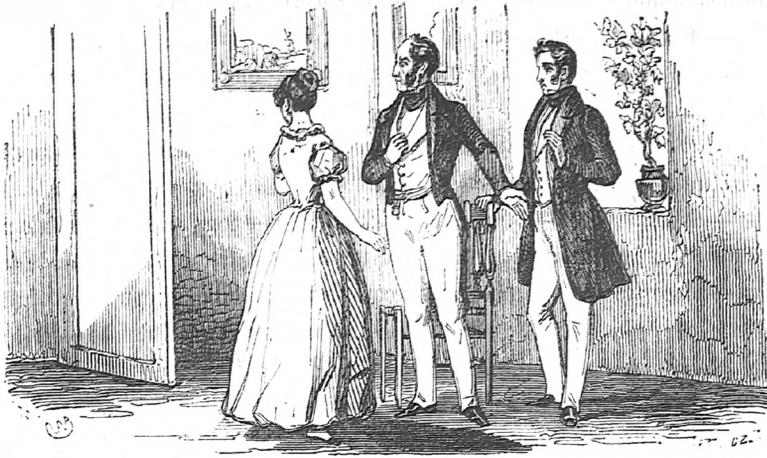
— Hijos míos, recibid la bendicion de un amoroso padre. — Luego elevó la vista, y añadió con solícito fervor: — ¡Dios mío! ¡tu bendicion tam-

bien!... Yo la imploro en favor de estos jóvenes que se aman.

—Sella tus labios, padre sacrilego—gritó una voz iracunda.—Dios no puede bendecir ese enlace... Dios no puede bendecir á un hijo, que lleva ya en su frente la maldicion de su padre.

Levantáronse los dos jóvenes azorados. Ellos y el duque volvieron el rostro hácia la puerta de la habitacion, y vieron con asombro á la *Bruja*, que les contemplaba con audacia, sonriéndose de una manera feroz.





CAPITULO XXXI.

LA VERDAD TRIUNFANTE.

O, wie süsse
Lebt es sich!
Ich genieße
Wieder mich.
In der Nahe
Hab'und sehe
Ich mein All.
BLUMANER.

¿ Ves cuántas flores al prado
La primavera prestó?
Pues mira, dueño adorado,
Mas veces te quiero yo.
CADALSO.

Después de proferir las insolentes frases que dejamos consignadas á la conclusion del anterior capítulo, retiróse la *Bruja* antes de que el duque de la Azucena, su hijo y Enriqueta volvieran de su asombro. Este fué tal, que ni una sola palabra acertaron á pronunciar contra la audacia de aquella mis-

teriosa mujer; pero vueltos en sí de la sorpresa, dijo el duque:

— Esa mujer está loca.

— No sería extraño, y me alegraría de que así fuese—repuso don Eduardo.

— ¿Se alegraría usted de que la pobre Inés estuviera loca?—preguntó Enriqueta con admiración.

— Sí, Enriqueta—respondió el duquecito—porque si no está loca, es la mujer más perversa que hay en el mundo.

— Hace tiempo que noto en su carácter una transformación singular—dijo la candorosa niña en justificación de la sospecha del duque.—Antes me parecía estremadamente bondadosa y humilde. Su conversación era siempre amena y consoladora. Yo aguardaba con ansia la hora de sus visitas, porque siempre me dirigía tiernas palabras de gratitud y cariño; pero de algún tiempo á esta parte se complacía en martirizar mi corazón.

— La misma conducta ha observado conmigo—alegó don Eduardo—y lo peor de todo es, que para lacerar mi pecho osó calumniar á la misma virtud. Por eso digo que si no está loca Inés, es un detestable monstruo.

— Está loca.... está loca—repitió el duque.—No es esta la primera vez que me insulta con altanería; pero de todos modos se la debe arrojar de aquí. A los furiosos se les aísla, se les encierra en una jaula.... y á los malvados en una mazmorra. No debo tolerar que la presencia de esa mujer y sus groseros modales turben nuestro sosiego. Voy á dar orden á mis criados para que en cuanto vean á esa miserable, se apoderen de ella y la conduzcan á Madrid. Allí hay casas de reclusión donde no incomodará á nadie, mientras se averigua si efectivamente está loca ó lleva siniestros designios. Tú me digiste, Eduardo, que un día la salvaste del furor del pueblo que la apedreaba por bruja. Ambrosio dice que es una santa, porque todo lo sabe, todo lo adivina y dice que hace curas milagrosas. Yo también he notado por mí mismo que esa diabólica mujer sabe escudriñar los más recónditos secretos. Ahora es tan extraña su conducta, que nos induce á creer que está loca; pero de todos modos es una mujer temible, una aventurera que ha dado siempre escándalos, que no sabe agradecer los beneficios que se le han prodigado, que corresponde á ellos con maldades; y todo esto, hijos míos, la hace indigna de vuestra protección. Abandonadla para siempre, ya que tan mal pago dá á lo que habeis hecho por ella.

— Tiene usted razon, padre— repuso el duquecito; — pero antes de tomar disposicion alguna contra esa miserable, permitame usted que tenga con ella algunas esplicaciones. Son indispensables para mi tranquilidad.

— Para tu tranquilidad basta saber que Enriqueta ha sido siempre digna de tu amor.— Y mirando cariñosamente á la tierna jóven añadió:— ¿no es verdad, hija mia, que nunca has dejado de amar á este buena alhaja?

Enriqueta bajó los ojos sonriéndose con candorosa turbacion, y el duque continuó:

— Soy demasiado exigente, esas cosas no son para decirse delante de testigos. Voy á dejarte con tu novio para que os espliqueis con franqueza. ¿Sientes que te tutee, hija mia?

— No señor— respondió con timidez Enriqueta— antes me gusta mucho que me hable usted del mismo modo que mi padre.

— Es que yo tambien voy á serlo muy en breve, y entonces... entonces, hijos de mi vida, quedará colmada toda mi ambicion.

El duque se separó de los dos jóvenes, enjugándose las lágrimas que vertia de gozo.

— Ese es mi padre, Enriqueta— dijo don Eduardo mientras el duque se retiraba.— Este es el aristócrata orgulloso que se oponia al casamiento de su hijo con la hija de un honrado artista. ¿Tenia yo razon cuando lo esperaba todo de su bondad?

— En efecto— respondió Enriqueta— es muy bueno y generoso. ¡Hay tanta dulzura en sus palabras!....

— Y nos ha dejado solos, hermosa mia.... nos ha dejado solos para que tengamos una franca esplicacion. Yo no la necesito, he comprendido las tiernas miradas del ángel por quien vivo. Sí, ídolo mio, conozco que hemos sido los dos víctimas de una diabólica intriga, y creeria ofender la pureza de los sentimientos de usted si le exigiese la mas leve disculpa. No la necesito para estar cierto de que la carta que se me entregó de parte de usted era apócrifa. Es usted demasiado buena para escribir tan rencorosas espresiones.

— ¿Dónde está esa carta?— preguntó Enriqueta descolorida como el jazmin.

— Aquí la tiene usted.

Al decir esto, entregó don Eduardo á Enriqueta un papel que sacó de su bolsillo.

—¡ Dios mio! — gritó desconsolada la inocente niña.

—¿ Qué tiene usted ?

— ¡ Perdon! ¡ Perdon!

— ¡ Qué oigo! ¿ Seria posible que hubiera usted escrito esas crueles líneas?

— Sí, don Eduardo... esa carta es mia.

— ¡ Enriqueta! — exclamó don Eduardo lleno de estupor.

— Yo escribí esa carta, es verdad; pero la escribí en un momento de angustia, en un arrebato de celos.

— ¡ Usted celos!

— Era preciso no amar á usted con el frenesi que yo le amo para no sentirlos viéndole á usted prodigar frases de amor á otra belleza. La señora Inés me decia sin cesar que usted no me amaba ya.

— ¡ Infame!

— Que no solo me había olvidado enteramente, sino que su objeto había sido seducirme para ufanarse de mi deshonra.

— ¡ Es posible!

— Y no solo me estaba continuamente martirizando refiriéndome los desvíos de usted, sino que me ponderaba la pasion con que usted correspondia á una beldad mas afortunada y digna por su ilustre nacimiento de ser esposa de usted, y me escitaba á vengar tantos ultrajes.

— Lo mismo hacia conmigo esa mujer detestable. Calumniaba á usted para presentarla odiosa á mis ojos y hasta criminal. Yo no quise creer nunca sus crueles palabras, porque tenia de usted formada una idea sublime. Apreciaba las virtudes de usted como ellas se merecen, y de ningun modo podia creer que me hubiera usted engañado. Lleno de confianza y de amor escribí á usted una carta en que parecia haberse destilado gota á gota mi corazon entero, y cuando aguardaba una respuesta que mitigára la amargura de no ver á usted, recibí esos renglones incomprensibles... esos terribles renglones que emponzoñaron el alma mia.

— Yo no recibí carta ninguna — exclamó con vivacidad Enriqueta, y luego en acento adolorido añadió:— Solo leí la que usted dirigia á la heroína de su nuevo amor. Inés me dijo que tenia orden de llevársela, pero que antes queria que yo la leyese para que recibiese un saludable desengaño. El luego con que estaba escrita aquella fatal carta, no me dejó duda de que la

habia dictado un amor inestinguible; y quedé yo tambien abrasada; pero abrasada por el volcan de los celos. Inés escitaba mis deseos de venganza con horribles sarcasmos, y en el momento en que estaba yo mas frenética, me presentó pluma y papel para que le manifestára á usted mi desprecio. Entonces escribí yo esta carta, entonces que el amor me asesinaba escribí estos renglones y caí sin sentidos.

—Dice usted que leyó la carta que dirigí á otra beldad; pues bien ¿quién era esa beldad á quien no conozco?

—No habia en la carta nombre alguno; pero me dijo Inés que era para la marquesita con quien su padre de usted queria casarle.

—¡Horrible maldad! Todo está descubierto, Enriqueta mia... Esa carta que laceró su hermoso corazon, era para usted. Inés me habia aconsejado que omitiese nuestros nombres para evitar compromisos...

—¡Era para mí!—gritó Enriqueta destellando alegría de su rostro, que se habia reanimado como la nacarada rosa cuando recibe la frescura de las brisas.

—Sí, Enriqueta, para usted, porque no he tenido otro amor en el mundo, y en amar á usted cifro todas mis delicias. ¿Y usted, prenda mia, me juzga digno de ser correspondido?

—Creyéndole á usted infiel le amaba frenéticamente, don Eduardo.... Juzgue usted mismo cuál será ahora mi pasion... ahora que vuelvo á recordarle á usted fino y generoso como siempre...

—Y abrasándome de amor.

—¿Por quién?

—¡Usted me lo pregunta!

—Sí señor.

—¿No lo ha conocido usted?

—Lo he conocido, pero aunque sé que soy yo el único objeto de su amor, me es tan dulce oírsele decir á usted!

—Pues bien, Enriqueta, la amo á usted con idolatría.

—Y no hace usted mas que lo que debe.

—Lo sé, prenda mia.

—Porque yo tambien siento latir mi pecho.

—¿De amor?

—¡Pero qué amor!... no tengo un instante de sosiego... Siempre pen-

sando en usted... Me parece que no cabe ya mas amor en mi alma, y sin embargo, cada dia que pasa, cada instante que se desliza paréceme que le quiero á usted mas.

— ¡Encantadora niña!

— Seria una horrible ingratitud mirar con indiferencia mis afanes.

— No aliente usted semejante recelo, bien mio.

— Dicen que son tan libertinos los jóvenes que se educan en los palacios...

— En todas las clases tienen el vicio y la virtud sus secuaces. No creo haber dado el mas leve motivo á que pueda formarse de mí una idea sospechosa. Sé lo que vale el amor de una beldad tan peregrina como honesta y pura, y en merecerle cifraré siempre todo mi orgullo, así como cifro ahora mi gloria y mi dicha en amarla, en adorarla, en ser su esclavo.

— ¡Don Eduardo!

— ¿Qué, Enriqueta?

— Sus palabras de usted...

— ¿Duda usted de ellas?

— No señor; pero...

— Hable usted con franqueza.

— Mis padres me han dicho mil veces que suelen decirse por mera galantería.

— ¿Y cree usted que las que yo pronuncio no las dicta el corazon?

— ¡Las habrá dictado tantas veces!...

— Me agravia usted, hermosa, juzgándome de ese modo.

— No es ese mi ánimo; pero como he sido siempre tan desgraciada..... paréceme imposible que haya felicidad para mí.

— ¿Y qué desea usted para ser dichosa?

— El amor de usted... nada mas ambiciono en este mundo.

— Pues tranquilícese usted, bien mio, porque el fuego que me abrasa es inestinguible, es el fuego del primer amor.

— ¡Del primer amor!— exclamó con tristeza la impresionable joven.

— ¿Lo siente usted?

— No lo sentiria si fuera tambien el último.

— Y lo será, Enriqueta.

— ¿Me lo promete usted?

- Lo juro.
- Entonces nada tengo que temer... Me habia alarmado la expresion de primer amor.
- ¿Cómo así?
- ¡Qué sé yo!... la palabra *primero* parece precursora de *segundo* y acaso de otros...
- Es usted desconfiada en demasia, Enriqueta.
- ¡Perderia tanto si perdiese el amor de usted!
- Hasta en sus agravios es usted encantadora.
- ¿Se cree usted ofendido por lo que acabo de decir?
- Ya se vé que sí.
- ¿Pues por qué?
- Porque de nada se manifiesta usted complacida.
- Precisamente lo estoy mucho en este momento, don Eduardo, y si le digera á usted que es el mas feliz de mi vida, no habria en ello la mas leve exageracion. ¿Por qué dice usted que nada me contenta?
- Lo veo así.
- Pues vé usted las cosas al revés— dijo sonriéndose dulcemente Enriqueta.
- Quiere decir que soy un atolondrado.
- No digo yo eso; pero ha de saber usted, amiguito mio, que estoy complacida en estremo. ¿Y cómo no al lado de usted, y en el momento en que me dice que me ama?
- ¡Oh! sí, Enriqueta, sí, y la amaré á usted toda la vida.
- Eso es lo que yo deseo, que me ame usted siempre.
- Siempre.
- Y á mi sola.
- No cabe ya otro amor en mi corazon.
- De ese modo me amaré usted como yo le amo, no con el ánsia tal vez efimera de un *primer* amor, sino con la sinceridad de un amor *único*.
- Es usted tan hermosa como entendida. Tiene usted razon, Enriqueta; yo no he amado nunca hasta que usted con sus encantos ha cautivado mi cariño.
- ¿De veras?
- ¿Duda usted de mis palabras?

—Me han ponderado tanto la habilidad de los cortesanos para fingir lo que no sienten...

—Fingen los que son aduladores por egoismo; pero yo no he sabido nunca mentir. Tal vez será porque no he necesitado ajenos favores. Así es que en medio de una córte corrompida, lejos de seguir detestables modelos, he aprendido á conocer á los hipócritas y huir de sus asechanzas.

—Será así con respeto á los hombres; pero la galantería que el buen tono exige de un cumplido caballero, le impone el deber de ser obsequioso con las mujeres...

—Hasta cierto punto, es verdad; pero en este caso se cumple con las leyes de la urbanidad, sin que el corazon tome la mas minima parte en tales galanteos. Mas diré: hay veces en que es preciso mostrarse amable á personas que no simpatizan con uno.

—Pues eso es fingir, don Eduardo.

—Perdone usted; es arreglarse á los usos de la sociedad para no ponerse en ridículo, ni manifestarse grosero.

—¿Y es posible que, habiendo usted vivido siempre en esa sociedad, obligado á ser galante y fino con las damas, no haya habido una sola belleza que haya conquistado con sus atractivos el corazon de usted?

—Repito que no, Enriqueta.

—Es extraño.

—¿Por qué?

—En primer lugar porque habrá en la córte muchas jóvenes que unan á sus gracias, á su hermosura y talento, la gran ventaja de tener un origen noble y digno de la alta posicion é ilustre nacimiento de usted.

Al oír las últimas palabras de Enriqueta, palideció el duquecito acordándose de su origen bastardo, y quedóse pensativo.

—¿No me responde usted? —preguntóle con natural candidez la inocente jóven.

Don Eduardo estuvo á pique de descubrir á su amada el terrible secreto que laceraba á todas horas su generoso corazon; pero el temor de afligirla contuvo su imprudencia.

—¿Qué quiere usted que responda? —le dijo melancólicamente.

Esta objecion alarmó á la pobre niña.

—¡Don Eduardo! —esclamó.

—¿Qué sobresalto es ese?—preguntó el duquecito con amoroso afán.

—Usted ha tenido otros amores—dijo Enriqueta llena de convicción y con angustiosa ansiedad.

—Repito á usted que no.

—¡Oh! sí, sí... por mas que usted lo niegue, lo he conocido por su turbación... Dice usted bien que no sabe usted fingir... ha perdido usted el color cuando le he recordado las bellezas que hay en Madrid, dignas por su nobleza de merecer la predilección de usted. Es muy natural—continuó enternecida y celosa la enamorada jóven.—Usted atesora cuantas prendas pueda ambicionar la mujer mas exigente. Es usted rico, noble, jóven de gallarda presencia... amable y generoso...

—¡Enriqueta!

—Las mas agraciadas beldades de la córte—continuó muy conmovida la tierna adolescente—se disputarán la dicha de merecer el cariño de usted...

—¿Y qué me importaria á mí eso?

—Y no habia de ser usted tan imprudente que, halagado por los hechizos de unas jóvenes de tanto mérito, fuese á desdeñarlas por una pobre sin fortuna, sin titulo alguno que pueda competir dignamente con tantos blasones.

—¡Blasones! ¿Los hay mas bellos—repuso con apasionado acento don Eduardo—que los de la inocencia y el candor? Enriqueta, mi adorada Enriqueta, yo la prefiero á usted, porque aunque se llama usted pobre, la veo rica de hermosura, de talento, de gracias y de virtudes. La prefiero á usted porque en su noble apellido admiro los blasones de la verdadera gloria que su digno padre ha sabido conquistar como artista eminente. La prefiero á usted, porque lejos de rebajarla su posición social, la veo descollar entre esas beldades que usted cita, cuya hermosura queda eclipsada á un solo destello de la que blasonan sus hechizos de usted, y si ellas son nobles por haberlo así establecido ridiculas preocupaciones, usted lo es por sus bellos sentimientos, y la nobleza del corazón es para mí tan adorable, como digna de lástima la que alucina á los fátuos. Créame usted, hermosa mía, usted sola es la reina de mi albedrío... Jamás supo mi corazón lo que era amor hasta que ví á usted; pero no quiero decir que es mi primer amor el que me abraza... me ha reconvenido usted justamente por esta espresion, y diré como

usted, que es el único amor que he sentido y el único que llevaré al sepulcro.

— ¿Con que es verdad que me ama usted?

— Con delirio, Enriqueta.

— ¿Y me amará usted siempre?

— Lo he jurado. ¿Y usted, bien mio?

— Yo no tengo mas ambicion que amar y ser amada. He jurado tambien consagrar mi vida á este delicioso afan que siento de merecer el cariño de usted.

— ¡Qué feliz soy, Enriqueta! Después de tantas desazones y amargos azares la recobro á usted, digna siempre de la pasion que me inspira. ¡Cuán dulce es volverse á ver después de una triste ausencia! ¡Cuánto se goza al lado del bien que se ama!

— No hay dicha comparable á la nuestra.

— ¿Cree usted que sus padres aprobarán nuestro amor?

— Sí señor, mis padres desean la felicidad de su hija, y saben que yo no puedo ser feliz sino al lado de usted.

— ¡Hermosa mia! ¡Cuán dichoso me hace usted con esas dulces expresiones! Y me amará usted siempre tambien, ¿no es verdad?

— Sí señor.

— ¡Señor! esta palabra es intempestiva, Enriqueta. Estamos en vísperas de que nos unan para siempre unos vínculos que mi padre ha bendecido, que los padres de usted bendecirán, que ante los altares de la Divinidad bendecirá tambien el sacerdote. Desechemos todo cumplimiento que no espresé cariño. Yo te daré el ejemplo para animarte, hermosa Enriqueta..... Tutéame tambien, una vez que nada se opone ya á que vivamos el uno para el otro. ¡A mí me apellidas señor! ¡A mí que soy tu esclavo!... ¡que vivo para adorarte como se adora á Dios!

— ¡Eduardo! ¡Eduardo mio!

— ¿Qué quieres, mi bien?

— Que me ames siempre como ahora... Yo tambien te adoro, te idolatro como idolatran los ángeles al Salvador... porque tú eres mi Salvador, Eduardo mio..... Yo me hubiera muerto de tristeza sin tu cariño..... sin ese cariño delicioso que ha filtrado en mis venas y como bálsamo celeste me ha dado la salud, la vida..... pero una vida llena de placer y de encantos.

— Yo soy quien debe su salvacion á mi ángel tutelar, y ese ángel eres tú,

hechizo mio, tú que impelida sin duda por la mano de Dios, viniste á socorrerme cuando ya apenas quedaba sangre en mi cuerpo. Yo hubiera muerto abandonado de todos, sin tu milagrosa aparicion. Tú viniste en mi auxilio, y á tus desvelos y á los de tu cariñosa madre he debido mi completa curacion. Mi agradecimiento será eterno, Enriqueta adorable, si, lo juro, agradecimiento y amor hasta la tumba. Hoy te he recobrado tan linda y amable como te retrataba mi corazon. Tu imágen ha estado siempre en él entronizada, cándida y sublime como la misma virtud. Dulce prenda de mi vida, quisiera hacerte concebir cuán dichoso voy á ser á tu lado, cuán grande es el amor que te profeso, cuán puro y delicioso; pero no hallo espresiones á propósito para hacerte una exacta pintura de mi acrisolada pasion.

—Concibo muy bien, Eduardo, todo el dulzor de tus emociones, porque tu afan es igual al mio, eres sensible como yo, tu corazon es igual al mio, y sin duda sientes lo que yo siento; porque tambien tu amor es igual al mio. Es una felicidad suprema que, como tú dices, no puede esplicarse. Una felicidad que inunda el alma de placer.

—Es verdad, ídolo mio, y esta dicha sin limites endulzará en lo sucesivo nuestra existencia, porque siempre nos amaremos con el mismo ardor. Nuestra vida será una fuente perenne de goces, y nuestros amorosos padres participarán tambien del venturoso porvenir que nos aguarda, porque nuestro amor es immaculado como emanacion del Cielo. Dios nos le ha inspirado, Enriqueta... Dios le dará tambien su bendicion.

—Dios le ha maldecido—gritó la *Bruja* presentándose de repente ante los inocentes enamorados.

—¡Otra vez aquí esta mujer! —esclamó con enojo el duquecito.—Señora, aquí está de mas su presencia de usted. Si algun dia, tanto esta niña candorosa como yo, impelidos de las hipócritas palabras con que supo usted fascinarnos, le tendimos una mano benéfica y protectora, la negra ingratitud con que usted se ha holgado en corresponder á nuestros beneficios, ha rasgado la venda que cegaba nuestros ojos. No espere usted ya compasion de nosotros. Nuestras relaciones terminaron para siempre. Evitenos usted en lo sucesivo el ódio que debe inspirarnos la vista de una mujer detestable. Con tal de que no la veamos á usted mas, aun queremos ser generosos..... perdonamos á usted las torpes calumnias con que ha zaherido nuestro honor, y olvidamos las amarguras inmensas que nos ha hecho probar.

—Sí, Inés, perdonamos á usted—añadió con dulzura Enriqueta—porque somos felices y quisiéramos que todo el mundo lo fuera. No le deseamos á usted ningun mal. Viva usted feliz; pero lejos de nosotros. Su presencia de usted turbaria nuestro sosiego.

—¡Oh, cómo bate el demonio las palmas al oiros hablar de ese modo!—esclamó la *Bruja* sonriéndose de una manera angustiosa.—El infierno todo se ha conjurado contra mí... y contra vosotros tambien. ¡Desventurados! Implorais la bendicion de Dios.... Vuestros lábios sacrilegos no saben lo que pronuncian..... Vuestros corazones incautos ignoran el precipicio que está abierto entre vosotros y el sacro altar donde quereis que el Eterno os bendiga. Eduardo, acuérdate de que otro amor entre personas desiguales tuvo un desenlace sangriento. Tu misma madre te grita desde la tumba: «¡Detente, Eduardo, tu amor es una horrenda profanacion!» Y tú, Enriqueta, ya sabes que nunca han fallado mis vaticinios. Pues bien, oye, inesperta criatura, oye por última vez mi aviso, y aprovéchate de él: esa copa de placeres con que Eduardo te brinda, en vez del delicioso néctar de una dicha sin límites, no contiene mas que sangre.... Ahora.... ¡á Dios!.... me arrojaís de vuestro lado... me aborreceís en pago de la ternura con que os amo. Me insultais con abominables denuestos. Voy á obedeceros... me lanzaré de nuevo á la mendicidad; pero vuestro casamiento no se verificará... Dios me dará aliento para estorbarlo.

—Señora—repuso don Eduardo enternecido por la conviccion que le asaltó en aquel momento de que la *Bruja* estaba loca—váyase usted en gracia de Dios, y procure aliviar su suerte con este leve auxilio.

Don Eduardo entregó á la *Bruja* una bolsa que siempre acostumbraba llevar con monedas de oro.

—Dios te pague la caridad, hijo mio—dijo la *Bruja* llorando, y se retiró besando aquella dádiva.

Enriqueta habíase quedado meditabunda desde la desaparicion de Inés.

—¿Qué te aqueja, dueño mio?—le preguntó don Eduardo.

—Las misteriosas palabras de Inés me han dado miedo.

—Desecha todo temor, Enriqueta.

—Sus horrosos vaticinios...

—Son delirios de una pobre demente.

—Yo no sé... mi corazon palpitaba de alegría, y la presencia de esa mu-

¡er... Sus sangrientas amenazas le han llenado de amargura.

— ¡Válgame Dios! ¡Cuántos males nos causa esa miserable! Pero ahora, Enriqueta, no hay razón para afligirte.

— Tiemblo, Eduardo.

— ¿Por qué?

— Esa copa de placeres con que Eduardo te brinda, ha dicho, no contiene mas que sangre.

— Son palabras sin sentido... proferidas por una loca...

— Han desgarrado mi corazón.

— ¡Maldita sea esa!...

— ¡Calla! ¡Calla, Eduardo mio, no maldigas nunca á nadie!

— Yo maldigo á todos los que se gozan en arrancar lágrimas de tus bellos ojos.

— ¡No contiene mas que sangre!

Enriqueta pronunció las precedentes palabras con horror y ocultó su rostro entre las palmas.

— ¡Enriqueta!

La pobre niña prorumpió en copioso llanto.

— ¿Qué es esto? ¿Por qué lloras? — le preguntó conmovido el apasionado jóven.

— Un presentimiento horroroso desvanece las esperanzas de nuestra felicidad.

— Tu desasosiego me asesina.

— Los pronósticos de Inés son infalibles.

— ¡Que tú digas eso!

— Lo sé por experiencia, Eduardo.

— ¡Por experiencia!

— Ya otra vez me vaticinó espantosas catástrofes.

— ¿Y qué? — preguntó con sobresalto el duquecito.

— Al sangriento vaticinio...

— Acaba.

— Siguió una enfermedad que puso en gran peligro mi existencia.

— Pero te salvaste sin que ocurriese desgracia alguna.

— Escucha... pero no... es una imprudencia hacerte sentir ahora con mi relato la angustia que yo padecí.

—¿Qué misterios son esos, Enriqueta?

—Disimula mi indiscrecion, Eduardo mio, y permíteme guardar silencio.

—Tus reticencias acrecientan mi ansiedad.

—No es nada, Eduardo.

—¿No es nada, y lo callas por no afligirme?

—Son preocupaciones mias... nada...

—Pues entonces ¿por qué no hablas con franqueza? ¿En el momento en que acabamos de jurarnos eterno amor, guardas reservas conmigo? Entre nosotros, prenda mia, no ha de haber secreto alguno. Nuestros corazones han de estar siempre abiertos el uno para el otro como si no formáran mas que un solo corazon.

—Es verdad.

—Pues si así lo reconoces ¿á qué viene el sigilo?

—Yo no quisiera pronunciar nunca una sola palabra que pudiera ocasionarte el mas leve disgusto.

—¿Y no reflexionas que tu reserva me martiriza?

—Perdóname, Eduardo.

—¿De qué, vida mia?

—De los pesares que te causo.

—¡Tú causarme pesares! ¡Tú que con tu amor acabas de colmar mi dicha!

—¡No hay dicha para nosotros, Eduardo!

—Me estremecen tus misterios, Enriqueta. Habla por piedad.

—No sé lo que digo... esa mujer ha trastornado mi razon.

—Ánimo, Enriqueta..... ¿No merezco tu confianza?... Por triste que sea lo que hayas de decirme, no repares en ello.

—Es triste para mí... porque soy una débil mujer; pero te he dicho que no era nada.

—Tanto mejor si es así... Habla sin reserva...

—Fué un sueño..... un delirio..... siniestro, es verdad; pero no fué mas que un sueño, y sin duda te reirás de que haya dado tanta importancia á un suceso fantástico. Tú no crees en sueños, Eduardo... ¿no es verdad?

—Muchas veces acontece todo lo contrario de lo que uno sueña.

—Así nos sucederá á nosotros.

—¿Y qué soñaste?

—Soñé que era tu esposa.

—Eso será verdad... lo serás, Enriqueta, y dentro de breves dias si tus padres aprueban nuestro enlace.

—Nos hallábamos en Roma, Eduardo... ¡Era yo tan feliz! Todas las bellezas de la alta aristocr cia envidiaban mi suerte, porque tú, Eduardo mio, no tenias mas placer que darme gusto en todo.

—Tambien ser  eso la realidad, dueño mio; no concebir s un solo deseo que no me apesure   satisfacer. Do quiera que se te antoje fijar nuestra residencia procurar  que habites el mas suntuoso palacio que sea posible, y en él te verás rodeada de personas atentas á tu voz, al mas insignificante signo tuyo para obedecerte. Colmada siempre de goces, tus satisfacciones y alegrías serán el galardón de todos mis afanes.

—¡Eduardo!... ¡Eduardo!... ¡Que bien conocia yo tu amor... tu generosidad! Todo eso so  ... era yo la mujer mas dichosa del universo...

—¿Has querido chancearte, Enriqueta? —interrumpió sonriéndose don Eduardo.

—¿Por qué?

—Me hablabas de un siniestro delirio de tu fantasía, y me estás relatando un feliz ensueño, preludio,   no dudarlo, de nuestro porvenir.

—No, Eduardo mio... no... no lo permita el cielo.

—¿Por qué?

—Porque aquel ensueño feliz... ¡se convirtió en sangrienta pesadilla!

—¡Será posible!

—Inés se me apareció... insolente como esta mañana... ¡Era una bruja!...

—¡Que dices!

—Yo estaba en mi tocador acab ndome de vestir para presidir el suntuoso baile que dábamos en nuestros salones... y al presentarse la *Bruja*, hubieron mis doncellas y me dejaron sola con la horrible vision que me perseguia. As me del brazo, y cond jome   mi pesar al salon del baile...

—En todo eso no hay nada malo... —interrumpió don Eduardo con amabilidad.

—El salon se convirtió de repente en una inmensa y oscura cueva poblada de espectros.

—Eso toma ya un giro verdaderamente fúnebre, romántico —dijo don Eduardo con amistosa ironía.

—No te burles de mi sueño, Eduardo... La sangre se me hiela al acordarme de él.

—¿Y qué, no hubo baile?

—En el centro de aquella satánica mansion ardía una hoguera inmensa.

—Buena precaucion si hacia frio; pero el baile...

—En torno de la hoguera se agitaban multitud de repugnantes viejas... era un baile de brujas... una danza infernal.

—¡Cáspita! ¿Y en qué acabó la diabólica danza?

—Apagóse la hoguera y desaparecieron las brujas; pero quedó un monton de ceniza.

—¿Y qué mas?

—El viento la removió...

—Habria alguna ventana abierta—objetó en tono de amigable burla el duquecito.

—¡Ay bien mio!

—¿Qué tienes, Enriqueta?

—Debajo de aquella ceniza habia un cadáver.

—¡Un cadáver!... eso se vá haciendo trágico.

—¡Eras tú!—esclamó horrorizada la pobre niña.

—¡Yo!—repuso con asombro don Eduardo.

—Tú, Eduardo mio... tú... salpicado de sangre, yacias en el suelo.

—Eso ya no me hace ninguna gracia—dijo algo afectado el duquecito.

—Y lo peor de todo, mi querido Eduardo, es que después ha sucedido precisamente esta sangrienta parte de mi sueño.

—Es verdad... me hallaste moribundo...

—Te creí cadáver como en el sueño, y tambien estabas ensangrentado.

—La coincidencia es verdaderamente singular—observó don Eduardo en ademan meditabundo.

—Es horrorosa—replicó en voz adolorida la sensible jóven.—Por eso me estremecen los vaticinios de esa misteriosa mujer.—Ya hace tiempo que el vulgo la tiene por bruja.

—Es verdad, yo la salvé del furor del populacho que la apedreaba por esa razon.

—Se la tenia por bruja porque todo lo adivinaba... porque jamás salian errados sus vaticinios.

— ¡Enriqueta!

— Observo que el relato de mi sueño te ha hecho una sensación profunda.

— Es verdad.

Y el duquecito quedóse de nuevo abismado en profundas reflexiones. Como á la menor adversidad que sufría le asaltaba la criminal idea del suicidio, pensó algunos instantes si efectivamente sería sangriento su fin; pero conociendo que semejante aprension era un miedo tan pueril como infundado, esforzóse por mostrarse jovial á fin de no aumentar la angustia de su amada.

— Es verdad — repitió sonriéndose — es un papel muy desairado el de víctima, y á nadie le gusta representarle aunque sea en sueños.

— En vano tratas de aparentar alegría, Eduardo. Tu corazón está lacerado como el mio. Temes como yo que una espantosa catástrofe nos robe ese cúmulo de felicidades que nos halagaba hace poco.

— No por cierto, Enriqueta... Los delirios de un sueño no deben de modo alguno turbar nuestras hermosas ilusiones.

— ¡Bien dices, no son mas que ilusiones!

— Son realidades, bien mio... Nos amamos sinceramente... Nuestros padres aprueban y bendicen nuestro amor... ¿Quién podrá estorbar las dichas que nos aguardan?

— No sé, Eduardo; pero hace poco sentia arrobada mi alma de placer... y ahora tengo unos deseos de llorar!...

— ¿No me juzgas capaz de labrar tu dicha?

— Si no te sucede algun infortunio.... ¿qué mayor felicidad para mí que vivir á tu lado?

— ¿Qué infortunio temes que me suceda?

— Yo no sé....

— ¿Quién ha de impedir nuestro casamiento?

— ¿Has olvidado lo que ha dicho Inés?

— Y tú tambien debes olvidar las estravagancias de una loca.

— Sus palabras me han hecho una impresion muy honda..... no las olvidaré nunca.... Ha vaticinado sangre..... «Vuestro casamiento no se verificará,» ha añadido. «Dios me dará aliento para estorbarle.»

— ¿Pero es posible que los delirios de esa miserable te sobresalten de tal modo?

— Se trata de una mujer temible.

— ¿Por qué? Es una infeliz que ignora ella misma lo que dice. Además, la desgracia que tanto te arredra ha pasado ya, y precisamente ha inaugurado nuestra dicha.

— Si supiera, mi querido Eduardo, que nuestro enlace ha de irrogarte algun infortunio....

— ¿Qué vas á decir, Enriqueta?

— Sacrificaría mi amor.

— No te comprendo.

— ¡Ay Eduardo!... ya lo he dicho antes... un triste presentimiento desgarró mi corazón.

— Explícate.

— Vamos á ser muy infelices.

— Si eso crees, Enriqueta— dijo don Eduardo con acento conmovido que revelaba su inmensa amargura — no seré nunca tu esposo.

— ¡Eduardo!

— Me moriré de dolor... vale más esto que hacer tu infelicidad.

— ¡Eduardo! — gritó de nuevo Enriqueta — ¿cómo tienes valor para despedazar mi pecho de ese modo?

— No quiero hacerte desgraciada.... Tú has dicho que seremos desgraciados si nuestro enlace se lleva á efecto.

— Perdona mi indiscrecion, Eduardo mio. ¿Cómo ha de serme funesto el verme enaltecida á la suprema felicidad? Ahora ya no podría sobrevivir á nuestra separacion..... ¿Tendrias tú valor para soportar la vida sin el amor de tu Enriqueta?

— Te he dicho que me moriría de dolor... Solo en este caso verías realizados los vaticinios de Inés.

— Es verdad.

— Pero, viviendo siempre juntos, amándonos como ahora.... sin separarnos de nuestros padres... en medio de todo linaje de honrosos goces, de lícitos placeres y de comodidades....

— ¡Oh! amándonos y viviendo siempre juntos, no puede haber infortunios para nosotros. He sido muy necia en dejarme amilanar por las ridículas amenazas de Inés. Dices bien, debemos despreciarlas. Pero ¿por qué esa miserable muestra ahora tanto empeño en querer frustrar nuestro casamiento?

— Pues qué, ¿no has conocido que mi padre tiene razon? Esa pobre mu-